

# Capítulo 3 - La Tierra de Caminos Rotos

Deseaba luz. Una inundación de ella, un lago que la rodeara por completo, envolviendo toda la torre, y debía estar lista antes del anochecer, o no conseguiría descansar.

Aumentó su ritmo de marcha mientras pensaba. Espiaba por las ventanas y memorizaba el plano, considerando dónde estarían las paredes que obstaculizarían los sigilos y qué tendría que hacer al respecto.

El hechizo tendría que ser tallado en la piedra, porque la tierra y la nieve jamás serían lo suficientemente precisas para sostener algo de ese tamaño. Debía ser perfecto, o cercano a ello. La magia tenía solamente dos funciones: almacenar maná y usarlo a un ritmo uniforme para generar luz.

Estaba muy orgulloso de sí mismo, como Avitus, cuando encantó su villa para regular la temperatura en cada habitación. Esto sería diez veces más complejo; la planta principal de la torre tenía el doble de habitaciones y por lo menos el doble de tamaño en general, además de que necesitaba luz en todas partes.

La tierra se detuvo y contó con los dedos. ¿Cuarenta... cincuenta luces? ¿Algo así? Recorrió otra vez el perímetro de la torre, esta vez contando sus pasos. Cada tres pasos, una luz. Calculó una vez más, murmurándose a sí mismo. Alrededor de veinticinco. Veintidós o ve tres. Suficientemente cerca. Luego, todas las internas, unas cuarenta en total. Cuarenta luces, distribuidas a intervalos iguales por fuera y desiguales en el interior. Solo pensarlo le producía un dolor de cabeza.

Miró hacia el cielo azul, pero no lo estaba realmente viendo, ni nada más. ¿Qué forma debería tener en su trazo el sigilo? ¿Un círculo con líneas cruzadas? ¿Un cuadrado con figuras de estrellas? ¿Cuántas esquinas tendría...? Si colocaba veinticuatro luces, podría distribuir seis a lo largo de cada lado de la torre.

Eso era un comienzo. Escribió varias ideas en la nieve con el dedo hasta que encontró un palo, volviéndose más astuto.

“Hola, Tierra,” dijo Antelmu.

Casi saltó de sus zapatos, tan sorprendido que chilló.

“Dirt,” dijo Antelmu, “Un día apareció una cabra parlante en la tienda del anciano, y el anciano exclamó: ¡Vaya, una cabra que habla! Tendré que enviarla al Gran Señor para que forme parte de

su jaula de animales exóticos.”

“¿Eh?” dijo Dirt, dándose la vuelta y mirando a Antelmu, pero estaba tan perdido en sus pensamientos que le tomó dos respiraciones volver a concentrarse por completo. Sus planes se esfumaron, salvo los que estaban en la nieve.

“¿Adivina qué dijo la cabra?”

“¿Adivina qué dijo la cabra?” repitió Dirt, completamente desconcertado. ¿Qué estaba pasando?

“¿Por qué crees que el Gran Señor necesitaría otro sastre?” dijo Antelmu, con un aire travieso.

Dirt se volvió aún más confuso y preguntó: “¿La cabra habló? ¿Como Socks, o como un humano?”

“Como un humano. Pero la cabra era una... no importa. ¿Sabes qué es una broma?”

“Más o menos. Juego muchas bromas con Socks, y a veces con los otros humanos. Pero no como esa,” dijo Dirt.

“Está bien, ¿por qué necesita un pescado una carpa cuando llueve?” dijo Antelmu.

“¿Los peces tienen carpas? Espera, oh, um...”

“¡Para mantenerse secos!” Los ojos del niño brillaron de humor y miró a Dirt con avidez, esperando la misma reacción. No obtuvo una rápida, y pasó directamente a otra broma: “¿Sabías que maté a un ragnuli solo con mis pantalones?”

La tierra simplemente miró fijamente, sin saber cómo responder a eso.

— Lo hice. Pero no sé cómo se pusieron esas cosas allí —.

Dirt soltó una carcajada sincera, una realmente auténtica. Antelmu estaba tan concentrado y pensaba que era tan gracioso que Dirt no pudo evitar reírse también, dejando atrás su concentración por completo. — Bueno, esa fue buena. Me recuerda a los chistes que Socks hace sobre lo mismo. Cosas como: “¿Crees que sabrían que soy un lobo si me pusiera un sombrero?” o “¿Debería preocuparme por ser el único sin pantalones?” —.

— ¿Sabes contar chistes? — preguntó Antelmu.

— No como ese —, respondió Dirt. — Solo sé los que hacen reír basándose en lo que dice la otra persona. Nunca había oído uno así antes —.

Antelmu asintió y dijo: — ¿Cuál son dos cosas que no se pueden tener en el desayuno? —.

— No lo sé, ¿qué? — preguntó Dirt.

— ¿Olvidaste por qué te envié aquí afuera? — dijo Biandina, que se acercaba por detrás.

Antelmu fingió que no había hablado y dijo: — Almuerzo y cena. —.

— No, era para preguntar sobre el agua —, afirmó Biandina.

— No, eso fue... mmm... —.

— Está bien, lo tengo —, dijo Dirt, volviendo a reírse. Esa fue ingeniosa.

— Parece que sí —, afirmó Biandina. Ella le dio una leve palmada en la cabeza a su hermano pequeño con un dedo, pero su sonrisa era amistosa en lugar de burlona. — Muy bien, cuéntale el de los ratones. Todos sabemos que llega —.

— ¿Qué tipo de ratón puede saltar más alto que una pared? — preguntó Antelmu. Ella empujó su brazo para evitar otro golpe.

Dirt preguntó: — ¿Mágico? —.

— No, cualquier tipo de ratón. Una pared no puede saltar —, aclaró Antelmu.

Dirt soltó un resoplido y negó con la cabeza, sonriendo. ¡Eso sí que era divertido! ¿Cuántos más conocía?

Biandina simplemente bostezó con los ojos en blanco, habiendo oído ese chiste muchas veces antes. Dijo: — Mejor detente antes de que empieces con los que no son apropiados para niños. Dirt, ¿te importaría— —.

— ¿Qué chistes no son adecuados para niños? — interrumpió Dirt.

— ¿Podrías hacer un recipiente para guardar agua y un cubo para llenarlo? Deberíamos tener un suministro en la torre en caso de que no podamos salir —, dijo Biandina.

Dirt miró pensando en sus pensamientos, preguntándose qué bromas no debía oír. No entendió nada claro, solo una sensación de obscenidad. No las imágenes en sí, sino la sensación. Bueno, que se hicieran los tontos con él no duraría para siempre. Asintió y dijo: — Es buena idea. A veces no se me ocurren esas cosas porque estoy acostumbrado a depender de Home —.

— ¿Domus? — preguntó Antelmu. — ¿Qué es un domus? —.

Dirt se retiró la manga del brazalete de madera en su brazo. — Esto es parte de un árbol, la primera que conversé. Se llama Home y, ahora que lo pienso, me pregunto si estará molesta porque cubrí esto con una manga —.

— Por supuesto que es parte de un árbol. Está hecho de madera —, dijo Antelmu. — ¿Qué tiene eso que ver con el agua? —.

— No, quiero decir, todavía es parte de un árbol. Ella me observa a través de eso, y si no estuviera tan lejos del bosque ahora mismo, simplemente le pediría agua y ella saldría. Lo mismo con la

comida. Eso era bueno, porque la carne cruda cansa después de un tiempo. Hay que tener una mezcla. ¿Puedes seguir viéndome, Home? Perdón por no haber hablado mucho contigo. ¿No estás lo suficientemente cerca para hacer agua? —, dijo Dirt.

El brazalete solo proporcionaba la pista de una vibración y permanecía inmóvil. Poco después, otra vibración. ¿Era un poco más fuerte?

Biandina y Antelmu le lanzaron miradas como si pensarán que estaba loco, pero no quisieron demostrarlo, lo cual le resultó divertido. Haló la manga de su brazo izquierdo para mantener el brazalete a la vista, por si acaso, y dijo: “Bien, ¿un cubo y un cubo más grande para guardar agua? ¿Hasta qué altura quieres que llegue?”

“Hasta arriba,” dijo Antelmu.

“El piso más alto de la torre,” afirmó Biandina, pinchándole de nuevo a su hermano. Él esquivó. “Si lo que viste vino y rodeó toda la torre, entonces no saldremos corriendo para escapar.”

“Está bien. Haré eso ahora, y luego tienes que dejarme en paz un rato. ¿De acuerdo?” dijo Dirt.

“¿Por qué, qué estás haciendo?” preguntó Biandina.

“Lo descubrirás si funciona. Y si no, no estuve haciendo nada, ¿verdad?” dijo Dirt.

Elegieron una habitación adecuada en la parte superior, cerca de una esquina con una sola ventana, al final de un pasillo. Se preguntó si sería mejor turnarse para vigilar esa noche la cúpula gris, que estaba justo allí, en silencio e inmóvil.

Dirt habló a las vigas de madera expuestas en el techo y, a pesar de ser tan antiguas que se había olvidado su origen, la madera respondió lentamente y le permitió moldearla. Quitó un pedazo, dejando la mayor parte de la viga intacta, y la moldeó en forma de cuenco con una suave sugestión, de un pie de profundidad y forma ovalada. Ojalá toda magia fuera así de sencilla.

Luego moldeó tres cubos—uno para cada mano de los niños—y dijo: “Solo aprieta la nieve con fuerza y llévala arriba. Puedo derretirla después. También ayudaré si termino a tiempo.”

De camino abajo, encontró el ciervo degollado apoyado sobre el alféizar de una ventana, con las tripas desaparecidas. Se preguntó a dónde habrían ido y las encontró empacadas en nieve justo afuera. Eso era bueno. Decidió que tendría hígado más tarde.

Dirt midió con pasos el interior de la torre hasta estar seguro de conocer la piedra que marcaba el centro, incluso contó para asegurarse. Luego se quedó observando el suelo, meditando sobre cómo proceder.

Antes de mucho, Biandina y Antelmu subieron las escaleras llevando sus cubos de nieve compactada. Le lanzaron miradas curiosas, pero él solo respondió con una pequeña inclinación de cabeza y los ignoró. Cuarenta o más luces, todas formando un gran sigilo. Un hechizo que protegía todo el lugar. Quizá debería crear una luz muy brillante y hacer que flotara sobre el edificio como

un sol.

O tal vez podía hacer cuatro grandes luces, una en cada lado del edificio, y usar cuatro sigilos. No sería mucho más trabajo cargar cuatro hechizos que uno solo. Ya tendría que levantarse en mitad de la noche, así que, ¿qué le importaba?

A menos que uno se apagara, y la oscuridad entrara por ese lado del edificio. Eso podría ser un problema.

Quizá, en lugar de un hechizo grande que produjera muchas luces, pudiera hacer uno que las encerrara, con un solo hechizo cuya finalidad fuera proporcionar maná a otros hechizos y que cada uno pudiera ser una luz donde él quisiera.

Esa era una idea que valía la pena probar. No había visto nada parecido en los textos, pero eso no significaba que no lo hubieran intentado antes, o que no funcionara. Dirt hizo otro cubo, uno pequeño, y volvió con el ciervo degollado. La sangre afuera se mezclaba y fundía con la nieve, humedeciéndola para impedir que coagulara rápidamente. Con una mano, tomó un poco en su pequeño cubo y se adentró en el campo y en las ruinas hasta encontrar una sección del pavimento despejada que pareciera lo suficientemente grande.

Elevó una esfera de sangre desde su cubo con la mente, aproximadamente del tamaño de su dedo, y cuidadosamente dibujó el encantamiento en la piedra. Asintió, satisfecho consigo mismo al ver lo mucho más rápido que era en comparación con tallarla con su cuchillo. Su dibujo no era perfecto, pero no hacía falta que lo fuera, no para una prueba como esta. Aquí estaba el hechizo para crear una luz flotante simple, y aquí uno cuya finalidad era simplemente sostener maná. Luego, dibujó una conexión entre ambos, potenciándola con sigilos que indicaban transferencia, y retrocedió para asegurarse de que todo estuviera correcto.

Dirt se inclinó y tocó la sangre que estaba en proceso de secarse del hechizo de almacenamiento, infundiéndole poder. Sintió que el maná lo abandonaba, pero no vio ninguna luz aparecer. Caminó alrededor de la encantamiento, preguntándose dónde fallaba. Frotó algo de nieve sobre la conexión entre ambos para romperla, luego hizo una más grande junto a ella, y usó solo un sigilo—paso entre segmentos separados. Excepto que lo cerró, cambiando su significado de segmentos a, con esperanza, efectos o hechizos separados. No funcionó.

¿Dónde estaba un elemental cuando se necesitaba uno? Necesitaba a un experto para preguntar.

Intentó otra conexión entre los dos, esta vez compuesta por emitir, absorber y transferir, además del sigilo para el propio maná.

Tampoco funcionó. Entonces, ¿cómo se suponía que se conectaban los hechizos separados? Era una cosa ver la magia como un proceso de patrones, como los elementales cuando hablaban. Una cosa tras otra, siempre transformándose, moldeándose y moviéndose. Muchos efectos con un solo hechizo, un mundo de significado en una sola serie de patrones. Pero ¿dos hechizos separados a la vez, enlazados y cooperando? Eso tendría que ser algo parecido al proceso de hablar con un elemental en sí mismo. ¿Cómo se podía plasmar eso para usarlo?

Entonces, serían cuatro grandes luces. Dudaba que tuviera tiempo para tallar mucha magia en la piedra, incluso con la mayor parte del día por delante.

Miró hacia la torre y vio a Biandina y Antelmu observándolo desde arriba. Cuando vieron que los habían descubierto, saludaron con la mano y se retiraron rápidamente al interior, como si fuera algo casual. Sin embargo, algo en su comportamiento parecía culpable, lo que le hizo sonreír para sí mismo.

Dirt bebió el resto de la sangre en su pequeño cubo, y le pareció vieja, aguada y con un sabor extraño. Nunca la había probado fría antes y esperaba no volver a hacerlo. El poso le recordaba al barro, así que se la bebió con tres puñados de nieve.

Realmente no necesitaba su cuchillo para esto. Pronunció magia en la fachada de ladrillo de la torre para suavizarla, luego trazó con el dedo para dibujar los sigilos. El hechizo evitaba que se desmoronara, y mientras trabajaba, se encontró tarareando una canción que Héctor le había enseñado: uno, un nido para hacer un hogar; dos, un par de aves para emparejarse; tres, los huevos que observan con cuidado; cuatro, los gusanos que traen las aves...

Dirt trabajaba lentamente y con cuidado, intentando que las curvas fueran circulares en vez de irregulares, y que las líneas fueran rectas en vez de tambaleantes. Cuanto más preciso, más eficientemente usaría el maná. En realidad...

Se apartó y le pidió a toda la pared que se suavizara, y cuando estuvo satisfecho con ello, presionó parte de un sigilo en su lugar con la mente, como si fuera un sello. Funcionó de maravilla, alineado y dibujado exactamente como quería. Después de eso, casi fue trivial, y el primer hechizo de luz quedó grabado en la torre mucho más rápido de lo que había esperado.

La tierra comprimió la magia en el encantamiento y una brillante esfera de luz apareció justo sobre su cabeza, en el centro de la pared. Observó, manteniendo un flujo constante de mana desde su dedo hacia el hechizo, para ver qué tan rápido se agotaría. ¡Mejor de lo esperado! Aún probablemente no duraría toda la noche, pero él tenía otro plan para eso.

Se movió hacia la siguiente pared. Antes de comenzar, se calmó, temiendo que su entusiasmo lo llevara a cometer errores. Disciplina y sinceridad, pensó Dirt. Disciplina. Con sus emociones controladas, empezó. Pronunció la magia en la muro para hacerlo flexible, y luego moldeó el encantamiento, pieza por pieza, con su mente. Solo tomó unos momentos, y habría sido más rápido si la argamasa y los ladrillos se comportaran igual.

Luego, fue a la tercera pared. Antelmu y Biandina estaban allí, terminando de empacar sus cubetas, y ellos le hicieron un saludo digno antes de que él comenzara a trabajar. Se permitió un atisbo de orgullo por lo bien que esta tarea avanzaba, y Avitus se preguntó si era una habilidad nueva para él, o algo que ya conocía en su vida anterior.

Esa pared le llevó un poco más de tiempo que la segunda, pero solo porque su superficie era más irregular, con marcas de desgaste que habían tallado hendiduras en los ladrillos y buena parte de la argamasa se había desintegrado en nada. Pero, con el tiempo, se dobló a sus intenciones.

Había algo placentero en ello, algo majestuoso y grandioso en ver cómo su voluntad se manifestaba en el mundo, justo frente a sus ojos. Se deslizó hacia la pared, presionó mana en el sigilo, y este fue aún más eficiente que el primero, casi tan perfecto como si lo hubiera dibujado con regla y compás. La luz era tan brillante que sintió calor en su cabello.

Los niños le dijeron algo, pero él estaba ocupado y los ignoró. Solo por un instante. Ah, Dirt, ya no eres el viejo Avitus, y estos no son tus alumnos, son tus amigos. Se volvió y preguntó, “¿Perdón, qué?”

“Dije, ¿qué es eso?” preguntó Antelmu, repitiéndose. “Esa... dibujo.”

“Eso, querido niño, es la forma en que la magia puede manifestarse en el mundo,” dijo Dirt, hablando como un anciano. Se frunció el ceño y se hizo temblar, como si quisiera sacudirse su tontería. “Perdón. Estaba realmente concentrado. Pero eso es magia. Es la manera en que los humanos la hacen. Signos y sigilos organizados en un hechizo, y luego dotados de poder. Este genera luz y acumula mana para mantenerla mucho tiempo. Los dibujé en los cuatro lados.”

“¿Eso fue lo que era la sangre?” preguntó Biandina.

“Sí, estaba pensando en cómo hacer para eso y quería probar algunas cosas. No tengo tinta, así que usé lo que tenía a mano,” respondió.

“Algo en eso se veía realmente... mal,” dijo Antelmu. “Esos dibujos con sangre, eh, me hicieron sentir incómoda.”

“Y tú,” se quejó.

Antelmu no cedió.

“¿No eran más bien maleficios esos que dibujaste, verdad?” preguntó Biandina tras un momento de silencio.

Dirt negó con la cabeza. “No. Eso era magia real, no maleficios. Nada que ver con brujas o hechiceros.” La misma idea casi lo enfureció. ¿Él, un hechicero? ¿Una bruja, recitando maleficios en un mercado por un pago? ¿Estaban ciegos? No, pero eran niños. Apartó ese pensamiento.

“Entonces, ¿cuál es el plan, Dirt? ¿Va a mantenerse encendido toda la noche y mantener alejado lo oscuro?” preguntó Biandina, acercándose más a la pared para examinar el encantamiento con más detalle.

—Ese es el plan —dijo Dirt—. Solo falta una más, y luego iré a revisar a todos para asegurarme de que todo esté en orden, y así poder ayudar a llevar la nieve para que se derrita.

Biandina y Antelmu no dijeron nada, pero los siguieron atentos, observando con atención. Dirt los condujo hasta la cara final de la torre, aquella con la puerta que habían estado usando. Concentró su mente y pronunció el hechizo de suavidad en los ladrillos y la argamasa. Luego, como antes, imprimió el encantamiento en la pared, poco a poco, como si estampase un sello. Con delicadeza,

lentamente, a la perfección. Cada movimiento medido y preciso.

Fue perfecto. Casi odiaba soltar esa sensación, pero lo hizo y volvió a sí mismo. —Listo, eso debería ser todo por ahora. Déjame revisar los otros rápidamente —dijo.

—Nosotros iremos —intervino Antelmu, ya dando un paso adelante.

Lo que encontraron en la primera cara de la torre, donde Dirt había comenzado, no fue un sigilo mágico, ni una luz brillante flotando en el aire. Lo que había dibujado fue completamente cubierto por un nuevo trazo, de tres pisos de altura.

Las líneas ahora formaban una figura burda y burlesca de un niño, con una barriga redonda y gruesa y rasgos faciales exagerados. Orejas grandes, una nariz prominente y una lengua larga sacada, enseñándole los dientes. Era grotescamente horrible.

Los tres quedaron mirándose, completamente desconcertados.

Biandina tomó la palabra primero. —Dirt, ¿qué se supone que es esto?

—Yo no... —susurró él. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía—

Fue interrumpido por la risa que emanaba del dibujo. La misma pared parecía reírse con ellos, en un tono agudo, pero más maduro que infantil. Los otros dos niños vacilaron, dudando si Dirt estaba haciendo esto, jugando alguna broma, y no reaccionaron con tanta intensidad. Luego, una voz se escuchó, reían desde la pared. Después otra, femenina, desde el suelo justo delante de ellos. Y una más, detrás, más allá del muro. Los tres niños giraron, pero no encontraron nada.

La risa cesó, pero un último y burlesco crujido de carcajadas quedó flotando en el aire vacío, desvaneciéndose lentamente. Se volvieron hacia la pared y vieron que el dibujo burdo había desaparecido, y ahora el encantamiento permanecía tal como lo había dejado. Solo su falta de maná denunciaba que algo hubiera ocurrido en primer lugar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Antelmu, con el miedo apretándole la garganta y suavizando su voz.

—Ni idea —respondió Dirt.

---

Revision #1

Created 9 June 2026 07:03:39 by Diana Prince

Updated 9 June 2026 07:03:43 by Diana Prince